

EL MEDIOEVO Y LOS DESCANSOS DEL SAQUEO

Estas causas se conjugan con muchas otras para determinar uno de los cambios históricos más bruscos y más difíciles de explicar dentro de una teoría del progreso indefinido. El paso a lo que los escritores de la Ilustración empezaron a llamar desdeñosamente «la Edad Media» significa, sin duda, una contracción en el proceso histórico de ocupación y manejo del espacio «natural».

Una contracción exigida, entre otras razones, por la incapacidad de los ecosistemas para soportar una presión continua de saqueo, sin los medios técnicos suficientes para evitar su agotamiento. La Edad Media regresa a la aldea campesina, el comercio se reduce a las mínimas exigencias, las ciudades desaparecen o pierden importancia. La misma Roma vuelve a ser una aldea. La agricultura y la economía de subsistencia vuelven a ser las actividades normales que rigen el comportamiento social.

Sin embargo, no era la primera vez que se derrumbaba una civilización urbana, construida sobre la explotación del medio ecosistémico. Casi todos los intentos anteriores por construir la ciudad, superando los límites potenciales de los ecosistemas inmediatos, habían fracasado. La civilización de Ur o la del Indo, por citar sólo estos ejemplos, habían desaparecido por circunstancias parecidas, desde el punto de vista ambiental, a las que ocasionaron la erosión del Imperio romano.

Se han estudiado muy poco las causas ambientales de estos fenómenos históricos, que en general se han atribuido a invasiones externas o a razones internas de debilitamiento social o cultural, y ello a pesar de que algunos historiadores modernos reconocen cada vez más las consecuencias ambientales de las grandes formaciones sociales. La explicación ambiental, por supuesto, no pretende disminuir la importancia de las otras causales históricas. Sólo busca hacer comprender que las luchas hombre no se dan sobre un escenario sin modificar y que la acción sobre este escenario repercute necesariamente sobre las formaciones sociales.

Es posible que la causa principal de la decadencia del Imperio romano y de la formación de la sociedad feudal fuese socioeconómica. La sociedad esclavista había logrado superar sus crisis gracias a la consolidación de un poder centralizado que se apoyaba en los grandes latifundios y que por supuesto los defendía a través de un sistema represivo cada vez más complejo. No obstante, el latifundio llevaba en sí los gérmenes de la desintegración del Estado. La renovación imperial emprendida por Dioclesiano y Constantino pretendía «petrificar las estructuras sociales», haciendo hereditaria la división social del trabajo.

Desde mediados del siglo IV se consolida el colonato, entendido como el sistema de tenencia que liga los campesinos a la tierra. Los campesinos libres y los esclavos son absorbidos por los patronatos (*patronicum*). Las organizaciones del Estado se convierten en una máquina para acelerar y mantener la concentración de la propiedad. Bajo su peso omnipotente van desapareciendo los últimos vestigios de democracia. Desde el tiempo de Tiberio, las asambleas del pueblo habían perdido toda importancia. Septimio Severo destruye la oposición senatorial y suprime los últimos restos de la democracia municipal. El derecho natural estoico no preserva al individuo contra la omnipotencia del Estado.

El crecimiento del Estado centralizado, construido sobre la gran propiedad, lleva en sí los gérmenes de su propia decadencia y tiene un inmenso impacto sobre el medio ambiente. La presión fiscal, especialmente ejercida sobre las ciudades, incita a los poderosos a abandonarlas. La responsabilidad colectiva de los impuestos es al mismo tiempo una forma de fortalecer el patronato y de fortificar la sujeción del campesino a las tierras del señor. Los esclavos empiezan a convertirse en siervos casati, con una parcela hereditaria para cultivar. Desde el siglo IV los grandes propietarios tienden a organizar su propiedad como una unidad independiente desde el punto de vista económico, social y político. Organizan un cuerpo policial a su servicio y ejercen el derecho de jurisdicción.

La sociedad feudal depende pues, en buena medida, de la desintegración social del Imperio romano. Por otro lado, es necesario tener en cuenta los influjos de las tribus germánicas, que acaban por invadir el viejo imperio y posesionarse de él. Los pueblos germánicos habían alcanzado el nivel de estados, con poderes centrales constituidos. Algunas de las tribus se habían establecido en la Europa central de tiempo atrás y habían logrado asentarse en tierras muchas veces arrancadas a la selva y a los pantanos. Habían desarrollado una agricultura técnicamente avanzada con arados profundos y cultivos que se alternaban cada tres años para conservar la fecundidad de los suelos. Cultivaban el centeno y la avena pero no el trigo ni la cebada, comunes en los campos romanos.

Las diferencias entre las tierras de la Europa central y los campos domesticados de Italia no se les escaparon a los juiciosos observadores de la época, como César o Tácito. Acostumbrados a los campos roturados del imperio, Tácito sólo ve en las tierras germánicas «selvas espantosas y pantanos infestos» (*Aut silvis horrida aut paludibus foeda*). Esta manifestación de asombro es uno de los únicos testimonios sobre el

estado de las tierras, antes de las grandes roturaciones. Sin embargo, dentro de este paisaje que desagradaba el gusto civilizado de los romanos, los germanos lograron desarrollar una agricultura que tuvo en cuenta las condiciones ecológicas. Si no avanzaron más sobre los bosques, no se debió posiblemente a la imposibilidad técnica, sino a lo que algunos historiadores han llamado «temibles supersticiones», que no eran tal vez sino orientaciones míticas para un manejo más adecuado del medio. Los bosques que dividían las tribus eran de uso común y sus encinas servían de alimento a los cerdos.

Sin embargo, este cuadro puede parecer idílico. De hecho es difícil acercarse a las costumbres agrícolas de las tribus primitivas y es posible, de acuerdo con otras versiones históricas, que las invasiones germánicas hayan sido ocasionadas, al menos en parte, por la dificultad de obtener alimento en las condiciones de una agricultura precaria. No se tienen datos sobre la población germánica. Sólo se sabe que sus asentamientos estaban muy espaciados en aglomeraciones urbanas relativamente pequeñas y desordenadas, al menos para el gusto romano. Era una economía rural reducida, sin un proceso importante de urbanización y, consecuentemente, con un comercio muy escaso. Tácito se extrañaba de que los germanos no conocieran la especulación monetaria. La palabra que designa en alemán (Kaufmann), «comerciante», es de origen romano.

Estas costumbres primitivas no perduraron, más allá de lo que pudo hacer la cultura germánica, poco a poco infiltrada, tanto por las costumbres romanas, como después por el cristianismo monacal. La penetración romana no se debió sólo al contacto bélico. Hubo también una penetración silenciosa que obedecía a la seducción del imperio y a la creciente necesidad de mano de obra. Desde los Antoninos empezaron a ser reclutados con desconfianza en el ejército y poco a poco se les permitió asentarse en comunidades agrarias dentro de las fronteras.

La región Mosela bañada por el Mosa y el Rin se convirtió pronto en el centro más importante de romanización, hasta tal punto que los emperadores del siglo IV no tuvieron inconveniente en reemplazar a Roma por la bárbara Tréveris, corno sede del gobierno imperial.

Más al noroeste se perdían en la leyenda las tierras de Escandinavia, a las que los romanos imaginaban como «islas peligrosas». Estas llanuras habían sido sometidas a una agricultura primitiva desde la edad de hierro y su población había crecido muy por encima de las posibilidades de producción de sus suelos fríos. De esas tierras misteriosas surgieron casi todos los pueblos que se precipitaron sobre las fértiles llanuras del sur: vándalos, burgundios, rugios, godos, que presionaron sobre el imperio a las tribus asentadas allí durante cerca de mil años. Una de esas oleadas se precipitó sobre el Mar Negro y dio origen a los visigodos y a los ostrogodos. Cuatro siglos más tarde, durante el siglo IX, se desprenderán las últimas migraciones de los hombres del norte. Algunas de ellas siguieron el mismo recorrido, para fundar el primer reino ruso de Kiev. 'Rusos' era una de las denominaciones que ellos mismos se daban.

Otros se lanzaron directamente al saqueo de las tierras del sur, o a la conquista y colonización del oeste, en un maravilloso viaje de penetración que los llevó al descubrimiento de Islandia, Escandinavia y América del Norte. No se trataba de pueblos emigrantes por afición cultural. Sus migraciones significaban más bien un periplo trágico en búsqueda de tierras fértiles. Su tragedia ha sido posiblemente una de las más engañosas tergiversaciones de la historia. Presionados por las tribus del oeste, los ostrogodos y los visigodos por fin lograron establecerse en las penínsulas sureñas de Europa.

Otro tanto puede decirse de las tribus del oeste que emigraron por circunstancias ambientales muy parecidas y mantuvieron en jaque durante muchos siglos la parte oriental de Europa. Los iranios (sármatas

y alanos) huyendo de sus tierras secas, los mongoles, (hunos y avaros) y más tarde los eslavos y húngaros, todos ellos confluyen en las planicies de Europa. En general se ha dedicado muy poca atención histórica a las explicaciones ambientales de las grandes migraciones bárbaras. Las explicaciones culturales satisfacen hasta cierto punto, pero dejan la sensación de una teoría inconclusa.

El cruce de tradiciones y de tecnologías fue sin duda un importante crisol para la construcción de la cultura europea y occidental. Los godos trajeron los motivos zoomorfos y fitomorfos del arte escita que tuvieron tanto influjo en el arte románico. Los iranios, por su lado, llegaron montados a caballo para enfrentar a los ejércitos romanos y francos, predominantemente de infantería. ¿Cómo imaginar el feudalismo sin caballos y sin caballeros o sin los motivos zoomorfos de su arte? En adelante, un hombre libre será sólo aquel que tenga la suficiente fortuna para alistarse con su caballo en el ejército nobiliario. La importancia de la visión irania sobre la naturaleza a través de sus imágenes zoomorfas, que reproducen los temores humanos y la presencia social del caballo, generalizado por las invasiones mongólicas, son algunos de los motivos ambientales que no es posible menoscipiar en el estudio de la época feudal.

La importancia histórica de esta época, tan desdeñada por las teorías iluministas, radica en haber servido de confluencia a las más diferentes culturas, que se establecen con una experiencia de sedentarización agrícola, después de largas y agotadoras migraciones o del cansancio del saqueo romano.

La época feudal es el período por excelencia de la experiencia agraria, en un sentido muy distinto a lo que fue la sedentarización del Neolítico. Durante el Neolítico la cultura estuvo íntimamente ligada a la transformación agraria de los ecosistemas. El mundo simbólico

y la organización social eran instrumentos eficaces para la transformación del medio, muy relacionados con la producción tecnológica. El período feudal, por el contrario, es la síntesis de una vieja cultura imperial de saqueo, mezclada con ingredientes culturales de pueblos que ya habían superado la ‘democracia’ neolítica, pero no se habían organizado todavía en el saqueo sistemático del colonialismo. Todo ello aglutinado por una ideología de amalgama como el cristianismo que, gracias a las concesiones hechas a su radicalismo primitivo, había logrado reemplazar a las filosofías y religiones del imperio para servir de cimiento a la nueva sociedad.

La colonización agraria del campo europeo fue lenta. Durante la primera época predominó la experiencia de campesinos libres, asentados en los vicios pequeñas aldeas, que poco a poco fueron absorbidos por los grandes latifundios de las villae. La formación de los latifundios fue la continuación de los patrocinios romanos y representa de forma directa esta tradición. Se consolidó el latifundio, salvo algunos paréntesis tempestuosos, como la invasión normanda del siglo IX que lo desestabilizó de momento.

Los campesinos libres se fueron entregando poco a poco a la «protección» de los grandes señores, y cuando no se entregaban eran fácilmente sometidos. En esa forma se conformó esa extraña relación de subordinación y dominio que caracterizó la sociedad feudal. La consolidación de un Estado centralizado, en tiempos de la dinastía Carolingia, sirvió como herramienta política para romper la resistencia de los campesinos libres, a favor de la gran propiedad. Los bárbaros no fueron siempre los conquistadores. Muchos de ellos penetraron en la nueva sociedad como mano de obra, a la manera de los migrantes de la Europa actual. La ampliación de la frontera agrícola se siguió realizando durante mucho tiempo con mano de obra esclava, en especial bárbara y sometida al dominio privado.

En un principio, la tierra de nadie (Niemandsland) parecía inagotable. Sin embargo, a medida que sus límites empezaron a manifestarse, las comunidades tuvieron que organizarse para disfrutar en común los recursos boscosos, sin agotarlos. Por lo general, esta conquista se llevó a cabo a través de lo que podría llamarse hoy una colonización dirigida. La sociedad feudal estaba inevitablemente orientada a la conquista exterior, sobre todo desde el momento en que el servicio militar obligatorio, cumplido por los hombres libres, fue reemplazado por la obligación feudal del servicio por parte de los nobles. Una clase social, dedicada de manera exclusiva al servicio de las armas, puede ser un factor de anarquía interna, si no se la organiza para la conquista exterior.

Esto fue en efecto lo que sucedió. La monarquía se estableció para esa función precisa: aglutinar a los nobles para la conquista de los territorios limítrofes. La centralización del Estado, por muy primitiva que fuera, no tenía por objeto imitar la gloria de los imperios pasados, sino impulsar y dirigir la necesidad de expansión de las tierras cultivadas. El motivo era fácil de encontrar dentro de la ideología religiosa, que exigía la subordinación de todo el mundo a una sola fe. La retribución material, por su parte, consistía en la distribución de tierras, que venían a ampliar los ya extensos dominios nobiliarios.

El avance hacia el este germánico y hacia el sur español se hacía tanto sobre los bosques, como sobre los últimos reductos de campesinos libres, que en más de una ocasión se unieron de forma infructuosa para defender sus limitadas soberanías. Hay que tener en cuenta que la guerra exterior era la fuente principal de mano de obra. Tal como las ha titulado Bonnassie, las guerras eran «verdaderas cacerías de hombres». Sometimiento de los celtas por los anglosajones, reducción de los sajones tras las conquistas de Carlomagno, son solamente dos ejemplos de conquistas de tierras y sometimiento de mano de obra que se prolongaron a lo largo del período feudal y de los primeros

renacimientos, hasta que se agotaron las fuentes internas y fue necesario ampliar el panorama del sometimiento hacia nuevos mundos.

Las características ecológicas de las planicies europeas, boscosas y húmedas, eran un hábitat ideal para la cría de cerdos, que empezaron a ser posiblemente la dieta proteínica más importante de las comunidades medievales. La ampliación de la ganadería vacuna ofreció más problemas, porque exigió el desmonte de vastas extensiones. La adaptación de cultivos mediterráneos como la vid, el trigo y algunos frutales, había comenzado en la época romana, pero se incrementaría de forma amplia con los monasterios medioevales. La autarquía económica de la producción agraria trajo consigo la muerte de las ciudades. Sin embargo, este aspecto de la decadencia urbana tiene también un claro sentido ambiental. La grandeza de las ciudades del Imperio romano se debió, entre otras razones, al saqueo de las provincias y, en las provincias, al saqueo de la producción agraria por parte de los "potentes". Éstos vendían al Estado los excedentes de la producción de cereales, aceites, etc. La ciudad se sostenía y progresaba con base en los procesos de acumulación que culminaban en Roma y en la jerarquía imperial. Era una organización social establecida en forma de pirámide para el saqueo y la acumulación urbana. Con la decadencia del poder central y la aparición de las *villae*, los potentados prefirieron retirarse a sus cómodos dominios, cuyas delicias, durante el bajo imperio, han sido descritas por Ausonio o Sidonio Apolinar. Los restos de las antiguas ciudades se convirtieron en centros de resistencia, no sólo contra las invasiones de las *tribus*, sino también contra las luchas intestinas. A su decadencia contribuyó en no poca escala, el rechazo religioso al «desorden moral» que significaban las ciudades. Salviano habla de ellas en el siglo V como centros de perdición.

El elemento religioso es importante no sólo para comprender la decadencia de las ciudades, sino también para entender su frágil persistencia y

en ocasiones su desarrollo suburbano. Los nuevos núcleos de urbanización ya no están representados por el comercio y la generosidad de los «potentes», sino por los centros monacales, edificados por fuera de las antiguas murallas, junto a los cementerios, los cuales empiezan a representar los nuevos centros de acumulación. A semejanza de lo que había sucedido en las primeras etapas de los imperios agrarios, el centro religioso es al mismo tiempo el centro de acumulación económica y las ideologías religiosas se amoldan a las formas de sometimiento social.

Otro elemento ambiental que es importante resaltar en la vida urbana del medioevo, es el regreso a las edificaciones de madera, material que reemplaza a la piedra de las edificaciones romanas y cuya utilización masiva debió de significar una presión alta sobre los bosques.

En esta forma, la sociedad feudal quedó encerrada en sí misma, con escaso influjo exterior. Las expresiones simbólicas se acomodaron como un flexible manto a las necesidades de una sociedad agraria. Una versión campesina y simple del pensamiento cristiano cobijó y aglutinó todos los comportamientos. Los préstamos a interés que habían sido soportados hasta Carlomagno, se prohíben de manera drástica entonces, no para evitar la expansión del dinero, sino para asegurar la subsistencia de mercados locales a bajo precio. Sin embargo, las prescripciones morales se debilitaban fácilmente ante los grandes intereses. La paulatina desaparición del comercio no impidió la continuidad de la trata de esclavos, desarrollada sobre todo por los judíos, cuyo poder económico quebraba con fragilidad la docilidad religiosa de los reyes. Todavía en el siglo IX, los esclavos eran numerosos en las villas y desarrollaban allí los trabajos más penosos, como la tracción de las muelas giratorias de los molinos.

No debe pensarse tampoco que la aglutinación religiosa se efectuó con facilidad a lo largo de la pirámide social. Por debajo de la religión, que había sido adoptada por la nobleza, se siguen fermentando hasta

finales del milenio las tradiciones culturales paganas, conservadas sobre todo por los campesinos libres, como arma simbólica de defensa contra la opresión. Estas tradiciones se conservan sobre todo en las fiestas populares, realizadas muchas veces en antagonismo a los rituales religiosos.

No obstante, el sistema de la esclavitud aparece en franca decadencia. Este antiguo sistema de transformación del medio natural, inventado después del Neolítico con el surgimiento de los grandes Estados agrarios y que no había podido ser desplazado por ninguna campaña ideológica, empieza a esfumarse de manera lenta sin mayores presiones morales. La mano de obra esclava se reemplaza no sólo por los siervos de la gleba, sino también por instrumentos tecnológicos más eficaces.

La sustitución de la mano de obra esclava por los molinos de viento, la collera de tiro, la herradura y los demás arreos que perfeccionan la tracción animal, ha sido uno de los aspectos más debatidos para establecer una metodología de análisis histórico. Incluso las corrientes marxistas no han podido ponerse de acuerdo sobre el orden de las determinaciones. Mientras para Lefebvre, entre otros, el esclavismo se hace innecesario con el triunfo de las nuevas tecnologías, para Docques, la aparición de nuevos modelos tecnológicos se vio determinada por las luchas sociales. Las tendencias lineales del materialismo o del idealismo se camuflan incluso bajo el manto marxista.

Cualquiera que sea la explicación teórica, los hechos son claros. El molino de agua acaba por imponerse sólo a finales del milenio, a pesar de que había sido descubierto en la época romana. El perfeccionamiento técnico de la tracción animal, con la collera, los arneses y la herradura es, en cambio, uno de los aportes indiscutibles de ese período oscuro que cubre los dos últimos siglos del milenio. El desarrollo técnico va a reemplazar a la fuerza humana, sometida bajo la férula

de la esclavitud. La consecuencia clara, de este progreso técnico, no se hizo esperar, desde el punto de vista ambiental.

A principio del segundo milenio «se abre la era de las grandes roturaciones, el mayor aumento de la superficie cultivada... desde los tiempos prehistóricos», de acuerdo con la expresión de Marc Bloch. Sobra decir que la ampliación de la frontera agrícola se hizo principalmente a expensas del bosque, aunque de esta época son también las primeras conquistas sobre el mar en los Países bajos o en la Terranova francesa. También se dieron casos de mejoramiento de suelos con el uso intensivo de fertilizantes naturales, como en los suelos calcáreos de la región de Beauce, o los interesantes sistemas de cultivo implantados en las tierras nuevas, con divisiones de zanjas de drenaje en suelos duros u otras divisiones que impedían el acceso del ganado. En algunas regiones la ocupación humana no se había realizado hasta ese entonces, sino en las tierras calcáreas por ser más livianas. Solo con nuevas tecnologías se adentró en los bosques y en las zonas bajas.

La desaparición de la esclavitud trajo consigo igualmente consecuencias en la organización social de la producción agraria. Eran los esclavos los encargados de trabajar las tierras reservadas para uso exclusivo del señor (*terrae indominicatae*), ayudados de forma parcial por los siervos, durante los días en que éstos debían pagar su prestación de servicios. El gran dominio, en la forma en que se había venido explotando, fue haciéndose poco productivo con la progresiva desaparición de la esclavitud. En consecuencia, los señores laicos o eclesiásticos, prefirieron entregar en arriendo sus tierras. Los latifundistas se convirtieron poco a poco en rentistas. De hecho, durante esta época, hay una progresiva parcelación tanto de la gran propiedad, como de los mansos o parcelas familiares. Las formas de acumulación se trasladan cada vez más a la economía monetaria.

No se ha estudiado mucho las consecuencias ambientales de este régimen de producción agraria. La tierra dividida en pequeñas parcelas familiares, ya sea dentro de las grandes villae o en propiedades independientes; se dedicaba sobre todo al cultivo de legumbres en el huerto casero y a la de cereales o la vid en los campos de labor. En esta forma se evitó la extensión indiscriminada de la ganadería, que no tuvo mucha importancia durante el primer milenio. Los bosques se utilizaban no sólo para la extracción de la leña y la madera para la construcción, sino también para la cría de cerdos, que constituían la base de la dieta proteínica.

Por otra parte, la deforestación a la que fue sometida una gran extensión del actual territorio europeo no tuvo los graves efectos ambientales que ocurrieron en el medio Oriente o en las llanuras monzónicas, lo que en la actualidad repercute sobre los ecosistemas tropicales. A diferencia de éstos, los ecosistemas de las tierras templadas conservan la mayor parte de sus nutrientes en el suelo y no en la fitomasa, lo que significa que, al talar el bosque, el suelo conserva una fertilidad adecuada para el cultivo agrícola.